

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo IX

Lima, Setiembre-Octubre de 1941

Número 6-7

EN DEFENSA DEL MAESTRO DESCARTES

(Comentario a una conferencia)

Por *MERCEDES GALLAGHER DE PARKS*

*Al Dr. Mario Alzamora Valdez
cordialmente.*

I

Uno de los hechos más curiosos en la historia de la cultura lo constituyen los vaivenes de las modas intelectuales, que son tan variables y caprichosas como las bogas de estilos decorativos o trajes femeninos. La reputación de un gran hombre sufre, después de su muerte, una serie de oscilaciones hasta que llega a una especie de nivel equilibrado. Pero el equilibrio es inestable, y después de esas alzas y bajas debidas a la supervaloración en vida, la reacción póstuma que ésta trae como consecuencia, y la reacción segunda contra esa reacción primera, aunque la fama del gran hombre parece haberse asentado sobre bases sólidas, el flujo y reflujo igualmente inconstantes de las mareas del pensamiento en el mundo culto suelen azotar y a veces socavar esas bases, y otras veces aumentar su solidez según los caprichos de las ideologías en boga.

Estas reflexiones me pasaban por la mente al escuchar el domingo 31 de agosto un brillante discurso sobre el pensamiento de San Agustín que pronunció el Dr. Alzamora Valdez en esa actua-

ción tan interesante con que la Sociedad de Escritores e Intelectuales Católicos celebró la festividad del gran Doctor de la Iglesia. El orador hizo hincapié sobre aquella crisis actual de los principios y de las convicciones de que tanto se habla y escribe hoy día, y, contrastándolos con los teólogos y doctores católicos, hizo una lista de los pensadores que según él han trabajado en desmoronar esas antiguas convicciones solidísimas, y puso a la cabeza de esa lista el nombre de Descartes. Es este filósofo uno de aquellos que no están de moda hoy día, o quizá sería más exacto decir de aquellos que hoy es moda denigrar más que ensalzar. Porque cuando se es tan grande como Descartes, no se pasa de moda, y esas mareas intelectuales de que hablé al principio se traducen no en épocas de recuerdo y de olvido, sino de alabanza y de crítica, ya que a un coloso del pensamiento como Descartes es imposible olvidarlo. Pero se le suele criticar mucho ahora, por lo menos entre cierto grupo de pensadores. Sucede con él lo que con muchos escritores que son tan grandes y tan universales que ningún grupo ni escuela logra apropiárselos por completo, y al no poder apropiárselos, todos tienden a denigrarlos para preferir otros que, por valer menos, caben enteramente dentro de tal o cual núcleo ideológico.

No voy a pretender hacer un análisis del pensamiento cartesiano, obra que llenaría un volumen. Y a más de que ha sido hecha ya magistralmente muchas veces, no es necesaria, porque las ideas fundamentales del filósofo son tan claras y sencillas, que todo estudiante de primer año de filosofía las conoce perfectamente. Sólo quiero decir, a grandes rasgos, que la duda metódica en lugar de ser fundamento del exepcticismo es la base más firme de la creencia profunda, porque lo que queda en pie después de que, mediante esa duda metódica, se han echado por la borda todos los prejuicios, y todas las ideas falsas, es tan sólido que nada lo puede mover; es aquel asentimiento absoluto del que tan lógica y elocuentemente nos habla el Cardenal Newman en su célebre libro, el asentimiento que da el hombre de ideas claras y pensar ordenado con su inteligencia a las verdades eternas que están arraigadas en lo más hondo de su corazón. A pesar de lo cristalino de su pensamiento, Descartes incurrió en contradicciones, pero ¿qué filósofo se ha librado de ellas? Porque una filosofía no es un esqueleto descarnado de lógica escura; es una visión personal del mundo, y lo que es personal es hu-

mano y lo humano está condenado a fallar por algún lado. Mucho es ya que triunfe por varios otros, porque un solo triunfo positivo, aunque sea unilateral, en el orden del pensamiento original, basta para inmortalizar a quien lo logra. Sólo hay en el mundo una filosofía sin contradicciones, pero es la única que no es meramente humana, y por eso se le ha llamado filosofía perenne, y aunque tomó forma en el espíritu de un hombre, el más grande de los filósofos, se apoya sobre la verdad divina. Pero Santo Tomás fué el primero que abrió su mente excelsa a todas las formas de la verdad, y es por eso que su pensamiento medieval nos sorprende frecuentemente por la inesperada sensación de actualidad, de cosa moderna, que nos da. Por ejemplo, en la estética —aquella disciplina que, aunque preocupó a Platón, consideran muchos como una creación del siglo XVIII— tiene el Doctor Angélico dichos y sentencias que podría firmar el más progresista y revolucionario de los pensadores actuales. Y es que lo eterno parece siempre nuevo. Ahora bien, en todo gran pensador sincero movido por un auténtico anhelo de verdad que prescinde de las mezquinas vanidades y pasiones personales encuentra algo de verdad eterna quien sabe buscarla sin prejuicios, y los enemigos reales de la verdad eterna no son los grandes pensadores sinceros y desinteresados como Descartes y Kant, son los grandes egoístas y vanidosos aguijoneados por tales pasiones, son Schopenhauer, Nietzsche, y sus congéneres.

En el año de 1937 se reunió en París el noveno de los grandes congresos internacionales que suele convocar anualmente la Sociedad Internacional de Filosofía, y coincidiendo esa fecha con la de la publicación del "Discurso del Método" fué aquella reunión —a la que me cupo la suerte de asistir— íntegramente consagrada a recordar y ensalzar al autor de esa gran obra. Allí pudimos escuchar la palabra de pensadores tan eminentes como Maurice Blondel, los Reverendos Padres Boyer y Siwek de la Compañía de Jesús, el Profesor Enríques, Berdiaeff, Fernández Alonso, Orestano, Luis y Mauricio de Broglie, León Brunschvicg, Gabriel Marcel, Basch, Jean Wahl, Minkowsky, Maritain, Samuel Alexander, Claparède, Lalo y muchos otros, ninguno de los cuales por cierto parecía considerar a Descartes como un demoleedor de la verdad, aunque muchos examinaron críticamente y refutaron tal o cual punto de su filosofía. El presidente honorario del Congreso fué Bergson, aunque no pudo

asistir a él por motivo de sus achaques. Por cierto que nada en ese certamen hacía suponer que se trataba de un pensador que es hoy moda denigrar. Del conjunto verdaderamente brillante de trabajos que se presentaron, se concluye que Descartes es al contrario hoy más actual que nunca, y que su pensamiento hizo una contribución tan grande a la suma de verdades que han de servir siempre de guía a la humanidad que, pese a modas momentáneas, su fama está destinada no sólo a perdurar sino a crecer en el curso de los siglos.

La filosofía perenne está asentada sobre tan sólidas bases que toda filosofía sincera, que anhela real y verdaderamente conquistar la verdad, no puede menos de traer un aporte más a la solidez de esas bases eternas, como las piedras que se amontonan alrededor de los cimientos de un gran monolito que se yergue apuntando al cielo, lejos de dañarlo, no hacen más que aumentar la incommovible solidez de aquellas bases.

II

El deseo de decir una palabra en alabanza de mi maestro Descartes —que, sea dicho de paso, ha contribuído quizá más que ningún otro pensador laico a agregar una firme base filosófica a mi fé religiosa, y es por eso que me he sentido obligada a esgrimir la pluma en su defensa— me ha inspirado en seguida el de hacer algunas observaciones sobre otros puntos de esa interesantísima conferencia del Dr. Alzamora, puntos que fueron también tema del brillante discurso con que el Dr. Belaúnde cerró la actuación agustiniana en cuestión. Ese tema es el del desbarajuste, de la tan decantada crisis actual de las creencias y de las filosofías. Verdaderamente que, cuando se echa una mirada hacia el panorama actual del mundo, se recibe una abrumadora impresión de caos. Pero el turista que viaja velozmente por un camino —y qué es la vida sino un camino perpetuo? (y séame perdonado el lugar común)— no se puede formar un concepto cabal del significado de su viaje mirando sólo a su alrededor; necesita mirar hacia atrás y hacia adelante, y recordar lo que sabe del país entero una de cuyas comarcas recorre. Porque la impresión del momento suele tener una viveza traicionera. Nuestro viajero ve un campo de yerba primaveral húmeda de rocío, y le parece que no ha habido jamás un verde como ese verde. Lle-

ga en seguida a un desfiladero entre montañas coronadas de nevadas cumbres sobre las que brilla el sol, y le parece que jamás ha habido rocas tan negras y tan abruptas como esas rocas, ni nieve tan blanca como esa nieve. Cosa análoga sucede al que considera ese inmenso panorama que es la historia de la humanidad, o solamente la de nuestra cultura cristiana occidental. No ha habido época, por tranquila y pacífica que nos parezca al echar sobre ella una nostálgica mirada retrospectiva, que no haya aparecido a quienes en ella vivían como una época en que toda creencia general, por sólida y santa que sea, no haya sido rabiosamente atacada por algún lado, y es natural que quien profesa creencias sólidas y santas se indigne al verlas rabiosamente atacadas y proclame el estado de crisis general. Pero hagamos un recorrido rápido por la historia del pensamiento. Bergson, el archi-demoledor de la fé ciega en el monopolio del intelecto como expresión del espíritu humano, tuvo su precursor en Zenón de Elea, y Sócrates bebió la cicuta porque se le creyó destructor de creencias y corruptor de ideas. Pero sin remontarnos hasta la antigüedad griega, bástenos recordar la historia de la Iglesia. Tuvo tres siglos de persecuciones hasta triunfar con Constantino, y apenas consolidado su triunfo principió la larga serie de las herejías y ortodoxias, Ario, Manes, Pelagio, los albigenses, los valdenses, Joaquín de Flora, Giordano Bruno, y mil otros contra los cuales fulminaron concilio tras concilio, hasta terminar en la herejía mayor de Lutero que en lugar de pasar como las otras echó raíces y se reprodujo en mil sectas disparatadas y arrebató a la Iglesia una buena mitad de Europa. El siglo XVIII, que hoy nos parece la época por excelencia de la cultura brillante, con sus admirables estilos decorativos, sus grandes pintores y sus músicos inmortales, trajo al mundo a Hume, a los enciclopedistas, a Voltaire, a Rousseau y a la Revolución Francesa; el siglo XIX, el de la sólida domesticidad burguesa, nos trajo el desbarajuste artístico de la fabricación mecánica de pacotilla, la revolución estética del impresionismo francés como resultado del cual los dos más grandes pintores nacidos en ese siglo, Cézanne y Van Gogh, fueron dos terribles revolucionarios, y nos trajo por fin, peor que todo, a Comte, Nietzsche, Schopenhauer y Marx. Contrastando con todas estas grandes épocas de caos la época actual hace la impresión, si uno profundiza un poco las cosas, de ser una época admirable y eminentemente consoladora

de cristalización y polarización de las ideas. Porque puede verdaderamente decirse que hoy ya sólo quedan frente a frente, y una vez descartados ciertos sistemas dialéctico-filosóficos que, como tantos otros de igual índole en la historia, están condenados a pasar, dos ideologías, la católica, cuyo magnífico florecimiento actual lo prueba el desarrollo del tomismo, y la materialista-atea en su franca forma rusa o en su disfrazada forma racial alemana de herejía operático-wagneriana. Ahora bien, en una batalla, las mayores ventajas con que se puede contar son la fuerza propia, la falta de traidores ocultos dentro de las propias filas, y la claridad y visibilidad de la posición enemiga. Todas esas ventajas las tenemos hoy los católicos en nuestra perenne lucha contra el mal en sus mil formas. Lo único que verdaderamente nos importa es la Iglesia y su doctrina, y la Iglesia y su doctrina nunca han corrido el menor peligro porque nunca pueden correrlo, y en todo caso cuando verdaderamente parecía que lo corrían fué durante la época de las insidiosas herejías de la Edad Media cuando ocurrió el gran cisma de Occidente, y durante la marea ascendiente materialista del siglo pasado. Hoy ya no se discuten las doctrinas ni la constitución divina de la Iglesia; se le acepta o rechaza en su totalidad. Es muy doloroso que haya quien la rechaze, pero a los incrédulos y a los indiferentes se les puede convertir, mientras que los herejes que se creen cristianos, por su mismo fervor, son los verdaderos enemigos. Y es justamente el fervor lo que falta hoy día a los herejes. Porque para quien conoce por experiencia propia a Europa, aun antes de esta guerra actual, es cosa evidente que el protestantismo, como posición filosófica, ha muerto. En Inglaterra, recibió el golpe de gracia cuando sus dos pensadores más profundos y sus dos almas más grandes, Newman y Manning, entraron al seno de nuestra santa Iglesia y desde entonces, pese a algunos intentos de reacción, agoniza en el marco ritual de una seca rigidez bizantina dentro de la que sólo da señales de activa vida espiritual la tendencia llamada "Iglesia Alta" o "Anglo-Catolicismo", que se aproxima cada día más a Roma. Y en Alemania —que tiene tan fervientes católicos, a quienes ha servido de inspiración el heroico valor moral del Cardenal Faulhaber— el luteranismo, aunque parecía contener mayor caudal de vigor espiritual que el anglicanismo, ha de morir definitivamente aplastado por el talón de hierro del hitlerismo pagano. Y basta recordar aquella

historia del pensamiento en el mundo para permitirse el consuelo de creer que después de esta horrible guerra actual, desencadenada por filosofías materialistas sin frenos, tiene forzosamente que venir como reacción un gran florecimiento de espiritualidad y de fé, tanto entre los alemanes como entre los rusos, porque ambas razas son creyentes, y creyentes fanáticas, por naturaleza. Los católicos estamos obligados a mirar hacia el porvenir, a través de todas las crisis actuales, con fé, confianza, y optimismo. Eso en cuanto a la posición filosófico-religiosa. Ahora bien, en cuanto a la filosófico-laica; si el protestantismo, el gran enemigo de aquella, ha muerto, ha muerto también, hablando desde el punto de vista del pensamiento más adelantado, el materialismo, por la sencilla razón de que se ha desvanecido su causa misma, la creencia en la existencia esencial o absoluta de la materia, cuyas bases han sido demolidas por los increíbles descubrimientos y las atrevidísimas teorías de la alta física contemporánea. Entre sus manos se ha escurrido la materia tal como la ha concebido hasta ahora la ciencia, y ha quedado sólo la energía, ente misterioso que si no es una forma o manifestación del puro espíritu, siquiera se le parece extraordinariamente, o cuando menos no se parece absolutamente en nada al concepto de la materia que ha tenido la filosofía materialista tradicional. Este desarrollo de la física es, en mi opinión, tan consolador como sorprendente. *Es verdad que aún quedan millones de materialistas en el mundo, porque la filosofía de la muchedumbre atrasa a veces casi hasta de un siglo sobre la de la "élite" intelectual de su época.* Voltaire llegó a la mayor edad en 1715, pero su obra demoledora no dió su pleno fruto hasta 1789. Pero al viajero fatigado que trepa por un alto desfiladero, le basta vislumbrar la cumbre para consolarse de sus fatigas, aunque le falte algún tiempo de camino para traspasarla y bajar por suaves pendientes hasta el fértil valle que es la meta de su jornada. Y es por esta razón que la época actual, lejos de parecerme época de pesimismo y desconsuelo, se me aparece como una era profundamente consoladora, mucho más consoladora que esa misma Edad Media llena de fé ardiente pero también de negras supersticiones, y de feroces crueldades perpetradas no sólo por paganos y ateos, como ahora, sino por los cristianos mismos, profanando así el nombre de Cristo que al cometerlas invocaban. Y más consoladora aún me parece porque en ella puede vislumbrarse ya ei

triunfo definitivo —por lejano que esté desde nuestro miope punto de vista de seres mortales y como tales impacientes— del credo espiritualista y, con él, de la religión verdadera. Este optimismo no es ilusión vana de visionarios superficiales, ya que nos lo impuso Jesús cuando nos dijo —y qué ilusoriamente optimista parecía esa frase cuando Él la dijo!— “Tened fé, porque he vencido al mundo”.

Mercedes GALLAGHER DE PARKS.